

EL CASO DE DIEGO

CASOS DE NIÑOS DE 6 A 12 AÑOS

Diego es un niño de once años de edad que vino a vernos a causa de las dificultades escolares que experimentaba. Tiene una hermana, María, dos años mayor que él.

Sus padres se muestran muy preocupados porque en el colegio les han comentado que Diego se despista mucho, no atiende, no obedece, llega tarde a las clases, no lleva el material requerido ni los deberes hechos... Pero lo que más les afecta es que desde hace una temporada lo ven especialmente triste, apático, se ríe menos, dice que él no puede hacer bien las cosas...

Por el contrario, sus padres definen a su hermana María como “la típica niña modelo” sumamente responsable, obediente, que saca buenas notas, que no da guerra..., y no saben si esto puede estar influyendo en el bajo estado de ánimo de Diego.

Como en todos los casos donde hay dificultades de conducta, pedimos a los padres que realizaran registros, donde apuntarían el día y la hora correspondientes, la situación, donde estaban y con quién, qué es lo que hacía o decía Diego, y lo que ellos le contestaban. Al analizar los registros, descubrimos que Diego se había mimetizado con la etiqueta, de “soy un vago”, “soy el malo de la familia”, “no puedo ser como mi hermana”, “yo no puedo”..., y lo peor de todo era que en la evaluación individual con él comprobamos que no lo decía para llamar la atención, sino que se lo estaba creyendo, lo que estaba propiciando un importante sentimiento de inferioridad y un bajo estado de ánimo en el niño.

En las conversaciones mantenidas con el colegio, se mostraban muy extrañados con las conductas del niño, dado que siempre lo habían visto un poco despistado, pero no hasta el punto de no hacer los deberes, llegar tarde a las clases, no llevar el material..., y, sobre todo, les preocupaba su apatía, su bajo estado de ánimo y el hecho de que jugaba y se relacionaba menos con sus iguales.

Ante las aparentes dificultades de atención de Diego, se efectuó un estudio en profundidad, en el que se comprobó que tenía un excelente potencial intelectual; su nivel lectoescritor era adecuado para su edad, pero, aunque su calidad atencional era buena, y cuando estaba atento se enteraba bien de las cosas, desconectaba con mucha faci-

lidad. Los resultados del estudio neuropsicológico apuntaban a que se trataba más de un tema conductual y emocional –“me aburro, estoy triste, no me encuentro bien, luego no atiende”–, que a variables de tipo neurológico. Una vez descartado el déficit de atención, y habiendo hablado con el colegio, se empezó a trabajar con el niño.

En este caso, hubo que realizar una intervención conjunta con los padres, a los que se les entrenó para que pudieran desmontar esas etiquetas del niño, que supieran cortarle cuando entraba en fase de tristeza, de llanto, de sentirse incapaz..., y que aprendieran a reforzar cada uno de los esfuerzos que el niño hacía. Que no esperasen a elogiarlo o a premiarlo hasta que hiciera las cosas como su hermana, dado que, pese a ser más inteligente que ella, estaba muy lejos de conseguirlo.

Asesoramos al personal del colegio para que aprendieran a reforzar al niño en positivo y cada vez que hiciera algo bien se lo hicieran saber.

Y, sobre todo, con Diego hubo que trabajar mucho en elevar su estado de ánimo, y para que entendiera que pese a su apatía tenía que esforzarse por hacer las cosas mejor, dado que se había metido en un círculo vicioso del que no sabía salir, en el que “como estoy triste no me esfuerzo, no atiende ni sé lo que tengo que hacer, no lo hago; las cosas no me salen bien, luego me pongo todavía más triste”.

Tuvimos que parcelar los objetivos de lo más fácil a lo más difícil para que el chico se pudiera enfrentar a ellos sabiendo que tenía probabilidades de éxito y que esto mejoraría su estado de ánimo, a la par que trabajamos estrategias de atención y de concentración. En poco tiempo conseguimos que Diego volviera a ser el niño alegre que era y que asumiera sus responsabilidades escolares.